

y si se enreda en el cabello o en las ropas se juzga, con razón, aprisionada y agredida; a veces puede ser lastimada, y es claro que, para ella, ha llegado el momento de sacar, con razón, la tizona de su vaina e hincar la afilada hoja en el juzgado enemigo, con honor.

Lo mismo les ocurre cuando personas desconocedoras de sus costumbres e instintos encuentran en el jardín o el campo una abeja revoloteando en busca de flores, y si por desgracia para ambos pasa cerca del paseante, comienza éste a sacudir manotazos o a agitar un pañuelo de defensa, dando algún golpe a la abeja y ocasionando la picadura.

Estos manoteos o sacudidas de pañuelos son

especialmente peligrosísimos en las inmediaciones de la colmena, porque la enorme y constante solidaridad existente entre las abejas hace que al lastimar a alguna, las restantes, que de ello se dan inmediatamente cuenta por ser sus sentidos mucho más finos y agudos que los nuestros, se lancen en masa a vengar el agravio.

Un irreflexivo acto de este género puede ocasionar serios contratiempos a quien lo realice. Un número grande de aguijonazos puede dar lugar a alteraciones circulatorias, y desde luego a unas cuantas horas de inflamación y dolor en la piel; pero no se olvide nunca que si no se provoca el ataque jamás lo realizan espontáneamente las abejas.

